

UNA SÚPLICA PARA EROS¹

Siri Hustvedt (1996)

Hace algunos años, un amigo mío dio una clase en Berkeley sobre la mujer fatal, un tema en el que había estado pensando por años. Cuando lo conocí, él era un estudiante de posgrado en la Universidad de Columbia, pero ahora es un filósofo en plena forma, y cuando esté terminado, su libro será publicado en Francia y en Estados Unidos. Es belga, pero vive en París, un detalle significativo para la historia, ya que viene de otra tradición retórica -una francesa. Cuando terminó de hablar, recibió preguntas, incluyendo una hostil de una mujer que demandaba saber qué pensaba sobre la Normativa Antioch - una ley promulgada en el College Antioch, que esencialmente hacía cada etapa de un encuentro sexual en el campus legal, sólo mediante consentimiento verbal. “Es maravilloso. Me encanta. Sólo piensen en las posibilidades eróticas: «¿Puedo tocar tu seno derecho? ¿Puedo tocar tu seno izquierdo?»” La mujer no dijo nada.

Este pequeño intercambio se ha mantenido en mi mente. Lo que me interesa es que él y ella estaban aludiendo exactamente al mismo problema, la idea del permiso, y sin embargo sus perspectivas estaban tan lejos que podrían haber estado hablando idiomas distintos. La mujer esperaba oposición, y cuando no la tuvo, se quedó sin palabras. Las preguntas agresivas por lo general son pedagógicas -esto es, la respuesta ya ha sido escrita en la mente del que pregunta, que entonces espera con una réplica. Es una escucha simulada. Pero al mover la historia -en este caso, la narrativa de los amantes potenciales- hacia nuevo territorio, el joven filósofo derrotó a su oponente.

Es seguro asumir que la normativa Antioch no fue diseñada para aumentar el placer sexual en el campus, y aún así las barreras que creó, unas que disectan tanto los gestos sexuales como el cuerpo femenino (la normativa estaba pensada para proteger a las mujeres, no a los hombres) han sido el objeto de fantasías sexuales por mucho tiempo. Cuando el trovador se sacrificaba por su dama, él esperaba que se le daría algún favor especial -un beso quizás. El soneto en sí mismo es una forma que toma el cuerpo de la amada en partes -su pelo, sus ojos, sus labios, sus senos. El cuerpo por partes nace de nuevo en este drama legal de permiso verbal. El eroticismo prospera tanto en las fronteras como en la distancia. Es un lugar común que el placer sexual requiere umbrales. Mi filósofo hizo el rápido trabajo de demostrar el entusiasmo de cruzar territorio prohibido -el lugar en el que necesitas permiso especial para entrar. Pero hay distancia aquí también, una distancia que los más serios defensores de la normativa no podrían haber previsto. La articulación del cuerpo del otro en palabras lo torna en un mapa de placer posible, distanciando de manera efectiva ese cuerpo al transformarlo en un objeto erótico.

La objetificación tiene un mal nombre en nuestra cultura. Llamados sobre que “las mujeres no son objetos sexuales” han resonado por años. La primera vez que me encontré con este argumento fue en un volumen que compré en el noveno grado llamado *La hermandad de mujeres es poderosa*: llevé ese libro conmigo hasta que se rompió. El feminismo fue bueno para mí, como lo fueron otras causas, pero mientras me desarrollé como una persona pensante, los ismos y los dogmas de cada ideología se desgastaron tanto como la cubierta de ese libro. Por supuesto

¹ Este ensayo fue traducido en el marco del grupo de estudios Género y familia, del Equipo de Trabajo y Asesoría Sistémica (eQtasis) de la U. de Chile.

que las mujeres son objetos sexuales; también lo son los hombres. Incluso cuando estaba abrazando ese libro de retórica feminista sobre mi pecho, cuidaba mucho de mi aspecto, me metía en jeans apretados, e iba tras el chico que me gustaba más, seleccionando mentalmente cuerpos masculinos como una conocedora. El placer erótico, que se deriva del contacto físico más íntimo, crece en la paradoja de que sólo manteniendo viva la extrañeza de la otra persona el eroticismo puede durar. Cada persona está consciente del hecho de que el sentimiento sexual es distinto del afecto, incluso cuando a menudo conspiran, pero este hecho va en contra de los principios de los argumentos feministas clásicos.

El feminismo norteamericano siempre ha tenido una rama puritana, una ceguera impuesta a la verdad erótica. Hay un aspecto difícil, pragmático sobre esto. No es políticamente correcto admitir que el placer sexual viene en todas las formas y tamaños, que las mujeres, como los hombres, a menudo se excitan con lo que parece tonto en el mejor caso y perverso en el peor. Y porque la excitación sexual siempre participa de la cultura misma, encuentra sus imágenes y gatillantes de los límites delineados en una sociedad dada, el tema completo es un asunto complicado.

Varios años atrás leí un artículo en el New York Times sobre una versión china del informe Kinsey, cuyos resultados sugerían que las mujeres chinas como grupo no experimentaban placer sexual. Esto me impactó como algo sin sentido, pero mientras empecé a ponderar la idea, cobró un poco de sentido. Visité China en 1986 y encontré un lugar aún con los efectos de la Revolución Cultural, un lugar en el que las formas pre-revolucionarias parecían haber sido absolutamente olvidadas. Tal vez no puede haber mucha vida erótica, más que la mínima, sin una cultura que la fomente -sin películas y libros, sin ideas sobre lo que se supone sea. Cuando tenía 15, recuerdo haber visto *Carnal Knowledge* en el cine Grand en Northfield, Minnesota, mi ciudad natal. Jack Nicholson y Ann-Margret estaban aferrados en un abrazo que me dejó perpleja, dando vueltas en la habitación, la mayor parte su ropa aun puesta, chocando con las paredes y haciendo un montón de ruido. Yo no tenía ni una idea de lo que estaban haciendo. Nunca se me había ocurrido, en mi estado virginal, que la gente hacía el amor *de esa manera*. Una amiga tuvo que decirme lo que estaba viendo. La mayoría de los adolescentes hoy en día son más sofisticados, pero sólo porque han tenido más exposición. Yo tenía trece años antes de encontrarme con la palabra *violación* -en *Lo que el viento se llevó*. Bajé las escaleras y le pregunté a mi madre qué significaba. Ella me miró y dijo «Tenía miedo de eso». Luego me dijo. Pero incluso después de saberlo, en realidad no lo entendía, y no podía imaginarlo.

Mi punto es éste: una parte de mí tiene real simpatía por la pareja china, ambos profesores universitarios, que se casaron, fueron a la cama fielmente cada noche, y, luego de un año, visitaron un médico, preguntando por qué ningún hijo había resultado de su unión. Pensaron que durmiendo al lado del otro era suficiente. Nadie les dijo que una actividad más elaborada era necesaria. De seguro este es un caso de cultura erótica perdida con el viento. (En China, en la clase que podía pagarlo, el cuerpo femenino se volvió un objeto estético refinado. En Xi'an vi una mujer vieja con los pies vendados. Ya no podía caminar y tenía que ser acarreada. Esos pies pequeños, lisiados, eran el legado horrible de un arte perdido. Atar los pies para hacerlos lo suficientemente pequeños para que cupieran en la boca de un hombre). La famosa clase parental de los pájaros y las abejas, objeto de muchas bromas y considerada innecesaria en nuestro mundo, nunca tuvo lugar en la vida de los dos profesores desconcertados. *¿Pero dónde estaban*

sus cuerpos? Nos imaginamos que la proximidad debería ser suficiente, que las fuerzas de la naturaleza llevarían a la pareja a la felicidad sexual. Pero yo no siento que eso sea verdad, que todos necesitamos una historia fuera de nosotros mismos, una forma a través de la cual nos imaginamos como jugadores en el juego.

Consideren las imágenes eróticas estándar. Ligas y medias aún tienen un lugar en la parafernalia de la excitación -incluso cuando, excepto para el propósito de la excitación, han sido casi eliminados del guardarropa de las mujeres. ¿Estas prendas serían sexy si no las hubieras visto nunca antes? ¿Significarían algo? Pero no podemos escapar del vocabulario erótico de nuestra cultura más de lo que podemos escapar del lenguaje mismo. Aunque el discurso feminista en Estados Unidos comprensiblemente quiere subvertir las formas culturales que no son “buenas” para las mujeres, nunca ha tratado el problema de la excitación con mucha valentía. Cuando una cultura oprime a las mujeres, y todas lo hacen en un grado u otro, no es conveniente reconocer que hay mujeres a las que les gusta la sumisión en la cama o que tienen fantasías con la violación. Las fantasías masoquistas dañan la causa de la igualdad, e incluso cuando son vistas como el resultado de una «sociedad enferma», la peculiaridad de nuestras acciones o fantasías sexuales no es fácilmente desarrollada o explicada. El suelo desde el que nacen tiene demasiado barro. Las acciones pueden ser controladas, pero no el deseo. Los sentimientos sexuales aparecen, a pesar de nuestra política.

El deseo ha sido siempre un sujeto y un objeto. Las personas pueden tener apetitos sueltos, errantes, pero el deseo debe fijarse en un objeto, incluso si ese objeto es imaginario o narcisista -incluso si el sí mismo es vuelto un otro. Entre dos personas reales, la parte pegajosa es el principio. Como mi esposo dice, «alguien tiene que hacer el primer movimiento». Y este es un asunto delicado. Significa leer los deseos de otra persona. Pero la lectura equivocada sucede, también. Cuando tenía veinte y pocos años, en la universidad, conocí un estudiante brillante, muy articulado, con el que hablaba y tomaba café. Yo estaba enamorada de alguien más en ese momento, y era infeliz, pero no suficientemente infeliz como para terminar la relación. Este articulado estudiante y yo comenzamos a ir al cine, compartir comida china, y hablar de todo lo que pasaba por nuestras cabezas. Hablamos sobre libros y más libros y nos hicimos amigos. No estaba interesada sexualmente en él, y no percibí ningún interés sexual de él por mí. Él no coqueteaba. No hizo ningún movimiento, pero luego de varios meses, nuestra amistad reventó en mi cara. Se volvió claro que él sufría, y que yo había sido insensible. El insulto final había sido darle un poema para que criticara sobre el poder sexual de mi difícil novio. Me sentí mal. Tal vez nunca en mi vida he malinterpretado tanto una relación con otra persona. Siempre me he enorgullecido de tener habilidad para recibir mensajes no dichos, para sentir intenciones ocultas, y aquí había desordenado toda la historia. Sin duda era culpa de ambos. Él fue muy sutil, y yo estaba distraída -fijada en otro cuerpo. ¿Nos habría ayudado la normativa Antioch? Lo dudo. Una persona que no intenta tomarte la mano o acariciarte la cara o acercarse para un beso no va a proponer estos acercamientos en voz alta. Él era una persona sin ninguna vulgaridad en la mente, demasiado refinado para avanzar. Pensó que salir a comer y al cine significaba que estábamos en una cita, que había indicado sus intereses a través de la forma en la que pasábamos las tardes. Yo, por otra parte, había ido a montones de cenas y películas con compañeros, tanto mujeres como hombres, y no se me ocurrió que la forma significaba nada en particular, y sin embargo la verdad era que debería haber sabido. Porque él era tan discreto y porque yo no sentía nada sexual por él, asumí que él tampoco sentía nada por mí.

Las convenciones para cortejar en el siglo XIX han sido dismanteladas en la segunda mitad de este siglo, doblando los códigos fuera de forma. La gente se casa más tarde. El énfasis en la virginidad para las mujeres ha cambiado. Las mujeres solteras trabajan y no se espera que renuncien a su carrera después de casarse. Los hombres han estado digiriendo un grupo de nuevas reglas que sin embargo están coloreadas por las antiguas. Las personas aun se cortejan, después de todo. Aun están buscando Romance de un tipo u otro -corto o largo- y cada uno está solo, interpretando o malinterpretando los deseos de los demás. La normativa Antioch era claramente una respuesta al caos del cortejo -una manera de imponer una estructura en lo que parecía haber colapsado- pero la ambigüedad permanece, no sólo en la interpretación pero incluso en el deseo mismo. Hay personas, y todos los hemos encontrado, que parecen no poder decidirse. Hay personas que dicen no cuando quieren decir que sí, y que dicen sí cuando quieren decir que no. Hay personas que quieren decir exactamente lo que están diciendo, y luego desean haber dicho lo contrario. Hay personas que sucumben a la presión sexual debido a un deseo de complacer o incluso por lástima. Pretender que la ambigüedad no existe en las relaciones sexuales es simplemente estúpido.

Y luego están los momentos de interrupción -esas paredes que bloquean el deseo. Yo estaba totalmente loca por un chico en la escuela, pero después hubo algo de su nariz cuando me besó, algo sobre su suavidad aparente desde ese ángulo, que me disgustó. En mi mente, esa nariz necesitaba más cartílago. Mantuve mis ojos cerrados. Sé de una mujer que le atrajo un hombre en una fiesta. Fue rápido y fuerte. Volvieron al departamento de ella en una fiebre erótica, besándose como locos, sacándose la ropa, y entonces ella miró a través de la habitación y vio su ropa interior. Si recuerdo correctamente, era una versión masculina de un bikini, y su atracción se desvaneció de repente, de manera irrevocable. Le dijo al pobre que se fuera. Una explicación era imposible, ¿qué le iba a decir? “¿Odio tus calzoncillos?”

La libertad sexual y el eroticismo no son idénticos; de hecho la libertad puede menoscabar lo erótico, porque el que no hayan barreras es excitante sólo si recién has derribado la puerta. Y a pesar del hecho de que una cena, una película y un beso de despedida ya no se usa en los últimos años, la seducción es inevitablemente un teatro de barreras, un interpretar y reinterpretar roles, tanto conscientes como inconscientes. La sinceridad no es un problema aquí, la mayoría juega su rol con seriedad. A través del lenguaje de la ropa y los gestos y a través de la conversación misma, nos imaginamos a nosotros mismos en la manera en la que la otra persona nos verá, reflejando nuestro propio deseo en ellos, y la mayoría de las cosas que hacemos están prestadas de un vocabulario de imágenes familiares. Este no es un territorio de la experiencia que sea fácil de disectar legalmente.

Aparentemente, hay una nueva ley en Minnesota contra el mirar fijamente. Ha sido ridiculizada en los diarios de todo el mundo, pero de acuerdo a mi hermana, apareció por el incremento de los sitios de construcción alrededor de Minneapolis, y las mujeres estaban cautelosas de caminar por ahí. La mayoría de las mujeres hemos experimentado estas dolorosas, a menudo humillantes excursiones frente a una multitud de hombres lascivos y ruidosos, y no conozco a nadie que le guste. Este evento -el grupo de la construcción gritándole a una mujer que pasa- es una convención, algo que los hombres hacen en grupo, para aliviar el trabajo, para declarar al mundo su masculinidad de manera segura. Es una invitación pseudo-sexual. Ninguno de los hombres

espera que la mujer diga «Estoy halagada. Tóname, ahora».

Pero mirar, incluso de esta manera cruda, no me parece criminal. «Oficial, está mirándome, arréstelo», suena débil. Y lo digo a pesar de que dos veces en mi vida he sido objeto de lo que puede ser descrito como mirar agresivo. Por varios años, cuando estaba en la escuela secundaria, un joven que conocía de pasada, aparecía de la nada y se ponía a mirarme fijamente. No lo hacía de manera casual, lo hacía con tal determinación que me ponía nerviosa e incómoda, como si lo hiciera para satisfacer algún anhelo profundo dentro suyo. Sin ninguna advertencia, lo encontraba fuera del restaurant donde trabajaba, o fuera de la sala de estudiantes de donde estudiaba, sus ojos fijos en mí. Eran ojos claros enormes, rodeados de negro, que lo hacían ver como si no hubiera dormido en semanas. «He estado aquí desde las 8 de la mañana», me dijo una tarde, «esperándote». Una noche después del trabajo me siguió por las calles. Entré en pánico y comencé a correr. No me persiguió. El problema era que actuaba de maneras de las que me parecía no se hacía cargo. Hacía cambios abruptos en su apariencia -rapando su cabeza, por ejemplo. Caminaba hasta la casa de mis padres, para entregar un regalo, apenas envuelto en una caja de cartón. Llena de miedo, abrí la caja, para encontrar un feo pero inocente florero verde. No mucho antes de que recibiera el regalo, el hermano gemelo de este joven se había suicidado cerca del pueblo. Estoy segura que asociaba las acciones del joven con las de su hermano, y el que me mirara me aterraba porque imaginaba la violencia potencial acechando detrás de esos ojos. La mirada que me daba estaba más allá de lo que hubiera experimentado, pero creo de verdad que no quería hacerme daño. Tal vez a su manera estaba enamorado, no lo sé. Pero el punto de la historia es que creo que lo atraje sin querer. Una vez, cuando estaba en la escuela, lo abracé.

Yo trabajaba en un lugar llamado Servicio de Emergencia de la Juventud, y el joven mirón solía pasar el tiempo ahí. No sé qué hacía, pero no iba a la escuela. Estaba triste ese día, como probablemente lo estaba la mayor parte del tiempo, y hablamos. No recuerdo la conversación, pero sé que en un arranque de compasión, lo abracé. Estoy convencida de que todo el asunto de mirar empezó con ese abrazo, y cuando lo pienso estoy mortificada. Los actos no pueden ser retirados y a veces perduran. Esta no es una historia simple. Me pregunto si alguna historia lo es, pero llevo su cara conmigo y cuando pienso en él y en mi yo de entonces, siento pena por los dos.

El otro hombre que me miraba era un estudiante mío en Queens College. Yo enseñaba inglés ahí y una clase introductoria de literatura. Mi estilo era apasionado, ocasionalmente histriónico, pero era una mujer joven con la misión de educar, y a veces lo lograba. Este estudiante era claramente inteligente, aunque tenía un tremendo problema de dicción. Sus trabajos estaban escritos en un estilo enredado que se suponía elevado pero a menudo estaba simplemente equivocado. Eventualmente, me di cuenta que habían signos de esquizofrenia en su escritura, pero esto no fue hasta después. Tenía reuniones individuales con todos mis estudiantes. Cuando me junté con él, lo insté a buscar simplicidad y esconder su diccionario de sinónimos. El problema empezó cuando dejó de ser mi estudiante. Se presentaba en mi oficina sin permiso y me daba regalos no deseados - perfume, revistas, discos. Él también tenía la costumbre de cambiar radicalmente de apariencia, camisas de cuadros un día y femeninas camisas de seda al siguiente. Un día cálido de abril, me visitó usando un abrigo de piel. Otra vez, lo encontré en mi pequeño cubículo desabotonándose la camisa. ¡Pare! le dije en mi mejor voz de profesora. Se veía terriblemente

herido y empezó a patear el piso como lo haría un niño de tres años, diciendo mi *primer* nombre. Después de eso, se instalaba fuera de la sala de clases y me miraba fijamente. Me ponía nerviosa, y después de varios de días, estaba asustada. Me seguía por el campus. Ni hablarle ni gritarle sirvió. Ir a la policía del campus tampoco, fueron indiferentes a mi alarma. No podía hacer nada. Con el tiempo, el estudiante se rindió. La pregunta es, “¿Qué ejemplifica esta historia?” ¿Puede ser llamado acoso sexual? ¿Era persecución? Lo que en realidad me *hizo* era inocuo. El miedo provenía de que era impredecible. No se guiaba por las reglas, y una vez que esas reglas habían sido rotas, me imaginaba que cualquier cosa era posible.

Ninguna de estas experiencias fue erótica para mí, pero pueden haberlo sido para los jóvenes que miraban. Quién era yo para ellos es un misterio para mí. Ellos han permanecido conmigo como signos humanos de los misterios de la pasión, de tumulto y disturbio emocional, y a pesar del desagrado que me causaron, siento compasión por los dos. Yo misma he mirado. Mirar insistentemente es el primer signo de eros y una vez, cuando tenía 14, me encontré mirando fijamente una casa. Me había enamorado de un chico que tenía 15. A él no le importaba yo y estaba involucrado con una chica que tenía lo que yo no: senos. Ella me fascinaba casi tanto como él, y la estudiaba con cuidado para encontrar pistas de su éxito. Un sábado caminé hasta la casa de él y me quedé mirándola largo rato. No estoy segura por qué hice eso. Tal vez esperaba que él apareciera, o tal vez pensé que iba a juntar el ánimo para tocar el timbre. Años más tarde, cuando había crecido, me lo encontré en un bar local. Él recordaba mi enamoramiento y dijo que se arrepentía de no haber hecho algo. Tonto como suena, esta confesión me dio gran satisfacción, pero el hecho es que él no quería a mi yo de 14 años, si no a la de 21 en la que me había convertido, una persona completamente diferente.

Mirar debiera ser legal. Mirar es parte del amor. Pero lo que ves cuando miras es una suposición. Por qué ese chico flaco con lentes me enviaba a paroxismos de anhelo no lo podría decir, pero lo hacía. Los sentimientos son primitivos. El dolor del amor se siente muy parecido al dolor de la pena o la culpa. El dolor emocional no es distinguible por el sentimiento, sólo por el lenguaje. Le damos un nombre a la miseria, no porque reconozcamos el sentimiento, si no porque conocemos su contexto. A veces nos sentimos mal y no sabemos por qué o no lo recordamos. Afortunadamente, el amor es a veces igual y dos personas, sin molestarse por la ropa interior equivocada o la nariz equivocada se encuentran dentro de este misterio de atracción y son felices. Pero ¿por qué?

La satisfacción en el amor usualmente no se cuestiona. Aun así, no creo que el amor que dura sea más racional que un romance pasajero. He estado casada con el mismo hombre por quince años y no puedo explicar por qué me atrae como objeto erótico. Lo hace, pero ¿por qué? ¿No debería haberse gastado todo a esta altura? No es porque somos cercanos y nos conocemos tan bien. Eso solidifica nuestra relación, no nuestra atracción. La atracción permanece porque hay algo de él a lo que no puedo llegar, algo extraño. Me gusta verlo desde lejos. Me gusta verlo en una sala llena de gente cuando se ve como un extraño, y luego recordar que lo conozco y que me iré a casa con él. Pero por qué a veces lo considero mágico, una persona distinta a los demás, no lo puedo decir. Tiene muchas buenas cualidades, pero también otros hombres que me dejan fría como piedra. ¿Le he dado esta cualidad porque es eficiente para mí, o es algo que está realmente en él, un pedazo de él que nunca conquistaré y nunca conoceré? Deben ser ambas. Debe estar entre nosotros -un espacio encantado que no es razonable y que es, al menos en parte, imaginario. Aún

hay una reja que debo cruzar, y, al otro lado, un secreto.

Las relaciones amorosas y los matrimonios se consolidan o caen en este secreto. La familiaridad y realidades pedestres de la vida cotidiana son los enemigos de eros. Emma Bovary ve a su marido comer y le da asco. Estudia mapas de París y espera por alguien más grande, más pasional, poco conocido. Una amiga me contó sobre las noches que salía con su esposo, durante las cuales se seducen nuevamente y no puede esperar llegar a casa y saltar sobre su hermoso cuerpo, pero si en el camino él se detiene a arreglar los botes de basura el hechizo se rompe. Ella le dijo, y ahora él evita hacerlo. Estas interrupciones perturban las historias que nos contamos, las narrativas pre-hechas que hacemos propias. Una combinación de biología, historia personal, y un miasma cultural de ideas crean la atracción. El amante en la fantasía está siempre rodeando al amante real, y se necesita a ambos. El problema es que la alianza de estos dos es impredecible. Eros, después de todo, era un pequeño travieso con flechas, un tipo que se deleitaba en sorprender a quienes menos se lo esperaban. (Ejemplo de *Sueño de una noche de verano*). Siendo el punto que cuando nos enamoramos todos tenemos elixir de hadas en nuestros ojos y nadie hace caso al consejo cuerdo de amigos, padres o el gobierno.

Es por eso que legislar sobre el deseo es difícil de manejar. Un niño se apresura y besa a otro en una escuela de Nueva York y es agarrado por las autoridades por acoso sexual. Tal vez era un acto agresivo, una falta de control súbita que necesitaba de la atención del profesor. Tal vez al niño que besaron se sintió mal o asustado. Y tal vez, contrario al mito de la inocencia infantil, fue sexual, una irrupción de un sentimiento extraño, salvaje. No lo sé. Pero las personas, niños y adultos, chocan con los demás. En todas partes, todo el tiempo hay peleas de deseo. Tenemos leyes contra el abuso y la violación. Usar el poder o la posición para conseguir favores sexuales de un empleado que no lo desea es feo y no debiera ser legal. Pero en el otro lado de estos crímenes hay un terreno borroso, una tierra límite de sueños y deseos. Y no es un paisaje sólo soleado. Es un lugar marcado con las nubes del masoquismo y del sadismo, donde objetos en particular son desparramados aquí y allá, donde sus habitantes lloran tan a menudo como suspiran con placer. Y no es nada menos que asombroso que debamos ser recordados de esto. Alrededor nuestro, cantantes muestran su pasión y amargura en la radio. Los anuncios publicitarios y la televisión nos muestran nuestras debilidades eróticas 24 horas al día. Pero al mismo tiempo, hay una suerte de amnesia cultural en círculos particulares, un impulso de bloquear y aplastar la complejidad y la verdad en el nombre del pensamiento correcto.

Una vez en la que fui a un panel de discusión sobre el destino y el estado de la novela, porque mi esposo había sido arrastrado a moderar esta discusión, escuché a una novelista, una escritora buena e inteligente, reprender a Kafka por su manera de representar a las mujeres. Eran malas, dijo, equivocadas. Pero en el mundo de sueños y claustrofobia de Kafka, un mundo de imágenes irreductibles tan poderosas que me hacen temblar cada vez que las recuerdo, ¿qué significa predecir su genio, para editar a las mujeres que levantaban sus faldas para el errante K.? Cuando leo a Kafka, yo no soy la sirvienta que se presenta al héroe atormentado. Soy el héroe, el que toma el placer ofrecido, de la misma manera que lo hacemos todos cuando dormimos.

Este es mi llamado para eros, una súplica de que no olvidemos la ambigüedad y el misterio, que en asuntos del corazón reconozcamos una incertidumbre duradera. Honestamente pienso que cuando estamos poseídos por una magia erótica no nos sentimos con ganas de censurar a Kafka o

mucho más, porque estamos viviendo una historia de umbrales excitantes y sentimientos irracionales. Estamos viviendo en un lugar secreto que hacemos entre nosotros, un lugar donde se junta lo real y lo irreal. Ahí es donde el joven filósofo llevó a la mujer con la beligerante pregunta. La llevó a un reino de imaginación y recuerdos, donde los amantes se hablan solo entre ellos, dicen sí o no o «tal vez mañana», donde representan quienes son, inventándose y reinventándose como sujetos y objetos; y cuando la mujer con la pregunta se encontró a sí misma allí, se quedó en silencio. Quizás, sólo quizás, estaba recordando una historia apasionada de ella misma.